

Reflexiones de Juan Ramón Jiménez en torno a la enseñanza

M^a Teresa Barbadillo de la Fuente

«Como un testigo voy a hablar o a leer algunas notas, sin otra pretensión que la de contribuir modestamente a un tema tan rico y tan fértil como es este de la enseñanza, que para mí ha de ser una verdadera vocación en el mismo grado que lo son la vocación poética o la religiosa, por ejemplo» (1). Con estas palabras se dirigía Juan Ramón Jiménez al auditorio que le escuchaba en la selectiva Universidad de Duke, en Durham, Carolina del Norte, Estados Unidos.

Aun cuando no podamos hablar estrictamente de un *corpus* de doctrina pedagógica del escritor moguerense, Juan Ramón nos ha dejado algunas ideas interesantes sobre la enseñanza, aplicables -a nuestro entender- a la Didáctica de la Lengua y de la Literatura españolas, que constituye el objeto de este Congreso al que estamos asistiendo. De las conferencias y de otros escritos en prosa de Juan Ramón Jiménez hemos espigado algunas consideraciones que ofrecemos hoy aquí. Decía Juan Ramón: «Nunca he dado un consejo y odio los consejeros»(2); sin embargo, hay en su obra testimonios que valen como consejos, para la vida, para el arte literario y para la enseñanza.

Juan Ramón Jiménez Profesor

Como es sabido, Juan Ramón Jiménez -al que se ha dedicado muy recientemente el IV Congreso de Literatura española contemporánea, organizado por la Universidad de Málaga-, fue profesor universitario en cursos, conferencias y veladas literarias durante los años de su etapa americana(3), y esta experiencia- en Miami, Maryland y Puerto Rico(4) principalmente-le dio ocasión para reflexionar sobre la enseñanza.

De niño y de adolescente había sido un buen alumno, aunque el colegio le aburría y por esa razón se entretenía poniendo su sello o trazando algunos dibujos en los libros de texto(5). Instalado definitivamente con su esposa Zenobia en la isla de Puerto Rico, enseñó durante sus últimos años en la Universidad de Río Piedras. Ricardo Gullón, que le trató entonces (6), nos cuenta que la exposición de Juan Ramón Jiménez en clase era «ordenada, pero con retrocesos y saltos bruscos que exigían del auditorio un estado de alerta permanente, constante tensión y vigilancia para no perder, en un momento de distracción, el detalle fulgurante, el dato revelador. (...) Juan Ramón, sentado tras la mesa de cátedra, hablaba con su habitual fluidez, sin prisa, seguro de su palabra, con tono más familiar que profesoral (...) sin alzar la voz ni exagerar el ademán» (7). Y en 1953 colaboró, además, en la revista *Universidad*, de la mencionada universidad puertorriqueña, con reseñas de libros y espectáculos y a veces con unas notas didácticas en donde «insertaba listas paralelas de las [palabras] adecuadas para hablar con corrección, incitando a decir: urgencia y no emergencia, patrocinar y no auspiciar, inspector y no supervisor, etc.»(8).

Vocación y deleite

Juan Ramón Jiménez creía que: «No hay más deber que la vocación realizada con entera voluntad, ni obra más alta que la cumplida con deleite» (9). Y decía esto, convencido de que «tenemos una obligación de trabajar en aquello que nos gusta

y sabemos hacer, que es el verdadero trabajo. Y también que tenemos el deber de hacer sentir que trabajamos y a gusto para incitar a este gusto del trabajo grato, única salvación de la existencia» (10). Retomaba en estas citas, claro está, alguna de las ideas fundamentales expresadas en la conferencia que tituló «El trabajo gustoso» (11), en la cual afirmaba que en trabajar uno en lo que le gusta «está el fuego alimentador de la calidad poética que debe acompañar siempre al trabajo, que le da al trabajo utilidad y encanto» (12). En consecuencia, parecen condiciones indispensables -en nuestro caso para enseñar Lengua y Literatura- el asumir voluntariamente esta tarea y el llevarla a cabo deleitándonos en este ejercicio docente. De esta manera logrará ser eficaz nuestro esfuerzo y grato nuestro empeño, y alcanzaremos la consideración y el respeto de los demás, puesto que: «Todos debemos ganar lo que merezcamos con la calidad de nuestro trabajo» (13).

Una aseveración como la de que «Las universidades y las escuelas deben ser oasis de gozo, ya que la enseñanza no puede considerarse como un medio de vida, aunque de ella se viva» (14) puede dejar perplejo si no se penetra en el pensamiento juanramoniano, según el cual el magisterio reclama cultivar la inteligencia y el espíritu de manera que se nutra la vida del profesor y la de los que trabajan cerca de él. Firmemente arraigada está en Juan Ramón la idea de que la enseñanza «debe ser alegre y viva» (15), lo que es, en verdad, excelente didáctica, para cualquier disciplina, y por ello también para lo que concierne a la lengua y a la literatura.

La formación del profesor y la ilusión compartida

Juan Ramón Jiménez consideraba imprescindibles ciertas condiciones de formación y de promoción para los profesores que atienden al niño en sus primeros estudios: «el maestro debe poseer todos los medios imaginables de cultivo y cultura, esa cultura y ese cultivo que no podrá comunicar sin comprensión verdadera. Debe poder estudiar todo el tiempo necesario, viajar, comprar libros, asistir a conciertos, conferencias, actos sociales de todo jénero; y para todo esto necesita medios materiales, necesita dinero» (16). Estas facilidades valen para aumentar su calidad como profesor y dignificar socialmente su noble tarea. También Manuel Seco, en su excelente *Metodología de la lengua y Literatura españolas en el Bachillerato* (17), puso de relieve que el profesor es el factor «más importante en la docencia» porque de él depende que el método didáctico que aplique sea eficaz; y a su parecer esta profesión exige «una auténtica vocación y una formación sólida y al mismo tiempo extensa» (18).

Respecto a los libros de texto que se han de manejar en el ámbito universitario, Juan Ramón creía que han de contener los «fundamentos suficientes y firmes para construir sobre ellos lo que la vocación exigiera» (19), expuestos de manera sencilla (20) y clara.

Pensamos que es aplicable al profesor de lengua y de literatura esa recomendación juanramoniana de emplear «la voz velada», «la natural de un corazón lleno», que sonará al alumno «como el ruido de un manantial que se desborda» (21). Y decimos esto porque entendemos que no se puede dar aquello de lo que se carece y, por lo tanto, el profesor de lengua y literatura ha de prepararse, en su etapa de formación y continuamente después, para enseñar con la sencillez y la claridad que confieren la auténtica aristocracia. Así se cumpliría la función de la Didáctica, ya que ésta serviría al profesor para fijar «las radiaciones de su ser íntimo, que nunca saldrían de la técnica por sí misma» (22).

A fin de que el profesor y el estudiante cumplan su misión, han de avanzar armónicamente, ya que según Juan Ramón: «La unidad de avance entre maestro y discípulo es el secreto más pródigo de la enseñanza. Si no existe esa unidad, poca ilusión puede haber en uno ni en otro; y si no hay ilusión entre ellos, la enseñanza y el aprendizaje no existen» (23). Esta idea, no por conocida deja de tener oportunidad. El alumno mejora, aprende, cuando el propio profesor también lo hace, cuando se cultiva éste al aplicarse al campo de su materia y suscita interés en sus alumnos. No extrañará, pues, que: «La ilusión, la alegría, la ambición, el amor son necesarios para la enseñanza correspondida» (24) que propone el poeta de Moguer, ya que «sin esas fuentes no es posible que despierte una vocación, ni es posible continuarla si se ha encontrado» (25). Y hasta tal punto está convencido de ello Juan Ramón, que llega a aventurar que quizás sean preferibles esta ilusión y esta ambición a la «perfección en los estudios que esté practicando» (26) el alumno.

Calidad y verdadera enseñanza

Cualquiera que sea el procedimiento didáctico que elija un profesor, nos recuerda Juan Ramón que: «Lo importante en la enseñanza es la calidad (27) que se destila por el maestro en el espíritu del estudiante y la calidad de la exigencia de éste: gotas de oro, chispas de diamante, y mucho espacio y mucho tiempo para colmar despacio la vocación» (28). Así, en este reiterado encuentro entre profesor y alumno, brotará ese «respeto basado en la confianza y en los dos sentidos de ella: confianza como franqueamiento simpático de entrega segura y confianza en la verdad de la experiencia del maestro» (29). Todo un proyecto, en lo que se refiere a la actitud y al modo de practicar la actividad docente, con la exigencia de ofrecer verdadera sabiduría, aunque sea en grado modesto, si bien paulatinamente incrementada y depurada. Con el pensamiento

puesto en el muy loable fin de que «*todos los profesores sean ejemplos cálidos de dignidad en su vida y en su obra*» (30). En definitiva, la didáctica del ejemplo, el sutil magisterio vital dentro y fuera del aula, verdadera enseñanza depurada en cada gesto, en cada actividad, en todo momento y ocasión. No en vano conoció Juan Ramón el magisterio de don Francisco Giner: «*Lo conocía mis veintiún años. Y aprendí entonces en él, en su acción de educar a los niños, parte de lo mejor de mi poesía, presencié en el jardín, en el comedor, en la clase, el bello espectáculo poético de su pedagogía íntima: un fruto ya sin árbol, maduro y lleno de semilla*»(31).

Para la didáctica de la lengua

Bien conocida es la devoción de Juan Ramón Jiménez por nuestra lengua española y cómo la manifiesta en las palabras encendidas que le dedicó (32). Precisamente evocando la figura de Valle-Inclán nos recuerda que a «*la lengua propia hay que tratarla como madre*» (33). ¿No sería éste un buen propósito para su didáctica?: amarla, conocerla, velar por ella, complacerse en emplearla responsablemente, vivificar la herencia que por ella nos ha llegado, y estimular a los otros a hacer otro tanto, ¿no son, acaso, objetivos de segura eficacia?... Pues bien, en esa apasionada defensa suya de la «*aceptación de todos los modos de hablar español*» (34), recomienda Juan Ramón que la gramática sea enseñada por profesores «*de cultura y cultivo acendrados; (...) entusiastas, bien dispuestos y sencillos*» (35). Si, por otra parte, pensamos que «*la vida de cada uno de nosotros no es más que una costumbre adquirida*» (36), habremos de dedicarnos a cultivar -en nosotros mismos y en nuestros alumnos- los hábitos que hagan posibles esas condiciones que resultan tan estimables en un profesor de Lengua.

Sobre didáctica de la literatura

Una de las preocupaciones habituales, de los profesores noveles sobre todo, es determinar «*la debida proporción*» (37) en aquello que han de enseñar a sus alumnos. A este respecto, Juan Ramón Jiménez llama la atención sobre el inconveniente de esa «*educación acumulativa, los demasiados y demasiado espesos libros*» (38), que exigen a sus estudiantes algunos profesores de universidades norteamericanas. Esta advertencia se complementa con la opinión, probablemente unánime entre los profesores, que ha expresado Fernando Lázaro Carreter en los siguientes términos: «*La maestría de un profesor se manifiesta en la elección de los textos que ha de comentar con sus alumnos: no todos valen ni son adecuados para cualquier momento*» (39).

El mismo Juan Ramón escribe: «*¿Qué le importa a un muchacho leer deprisa y sin sentido la obra de Cervantes, por ejemplo, si no tiene tiempo luego ni ganas, por su cansancio inútil de contemplar la naturaleza y su vida?*» (40). Es partidario Juan Ramón Jiménez, por tanto, de la lectura morosa y no precipitada (41); para asimilarla y compenetrarse con su autor, para disfrutar de la obra, sin prescindir por ello del tiempo necesario para apreciar los dones de la vida: «*El ocio lleno debe ser también cultivado (42) en las universidades; descanso lento debajo del árbol de la existencia*» (43). No puede ser de otra manera si queremos acoger la variada experiencia vital, que tan valiosa es para el ejercicio interpretativo, tal como asegura el profesor Francisco Ynduráin: «*Todavía hay otro orden de dificultades, de problemas en la literatura y es el de lo que ésta tiene de relación con la vida, por lo que nos es exigible un mínimo de experiencias, reales o imaginarias, una capacidad para invivirnos en los grandes temas humanos: vida y muerte, placer y dolor, exaltaciones y depresiones, anhelos y frustraciones, fantasías y ensueños*» (44).

En cuanto a la labor de interpretación y crítica de los textos literarios, Juan Ramón Jiménez recomienda: «*En vez de analizar químicamente un libro, debe estudiarse con amplitud un espíritu, y este estudio debe ser un paseo a través de un alma artística*»(45). Recordemos a este propósito el criterio de otro profesor y gran poeta, Pedro Salinas: «*Entiendo que enseñar literatura es otra cosa que exponer la sucesión histórica y las circunstancias exteriores de las obras literarias: enseñar literatura ha sido siempre, para mí, buscar en las palabras de un autor la palpación psíquica que me las entrega encendidas a través de los siglos: el espíritu en su letra*»(46). A estos testimonios se une el de Emilio Alarcos Llorach: «*el autor, en cuanto primer polo del circuito de la comunicación, es artífice y garantizador de la función significativa de la obra*» (47).

Los niños y la literatura

En varios momentos de su vida, Juan Ramón Jiménez manifestó su profundo amor e interés por los niños (48) y por los jóvenes (49) en lo que se refiere a su educación. Así, por ejemplo, en las líneas dedicadas a «*Baile y ballet*», leemos: «*El niño es como un río en su fuente, tiene como en una semilla todo lo que será, y es encantador y misterioso con la incógnita propia de su manadero; pero para ser río tiene que cojer mucha agua de las orillas*» (50). El profesor ha de considerar esta peculiaridad infantil, en lo que tiene de capacidad de asimilación (51) y en el respeto que merece su «*cauce*» delicado. Y

si consigue proporcionarle guía certera en sus lecturas, le hará sin duda un gran beneficio, puesto que, al hacerse hombre, aquel niño «sería dueño de un hermoso tesoro poético, la librería de su espíritu» (52).

Encontramos, además, en Juan Ramón Jiménez, estas reflexiones en sus palabras «Sobre el teatro para niños»: «¿Teatro para niños; verso, cuento, pintura, música para niños? Por el mundo circulan, en español y traducidos a otros idiomas, algunos libros míos para niños(53); pero (me interesa decirlo) yo no escribí para niños tales libros (54); fueron selecciones hechas por otros de lo que yo tenía escrito para mí» (55). Queda aquí claro, a nuestro entender, su criterio respecto a la literatura -y el arte en general- destinado específicamente a los niños. Y sigue su razonamiento diciendo: «el niño es, como el hombre, espectador obligado de toda la vida» (56). De ahí que comente acerca del problema del arte para niños: «está resuelto, a mi juicio, con no aburrir al niño, con darle todo lo que pueda alimentar su ilusión» (57). Piensa Juan Ramón Jiménez que el propio niño tomará lo que pueda captar y asimilar, por lo cual «cualquier niño puede leer el Quijote sin correcciones» (58). No se trata con esto de proponer esta novela de la Edad de Oro como lectura escolar, sino de reafirmar su aprecio por la literatura clásica, la cual «resiste con deleite renovado una lectura permanente» (59). Es conocido que en noviembre de 1936 sugirió en Puerto Rico la celebración de una fiesta para «proveer de bellas obras literarias a los niños» (60) de esa isla que tanto amó, en la que le había sorprendido el aprecio de los pequeños por los libros de lectura.

Juan Ramón Jiménez valoró muy positivamente el teatro para los niños, de manera especial el de raíz popular: «el teatro, como la naturaleza misma, tiene todas las ventajas para el niño» (61). Por el contrario, a Juan Ramón no le entusiasmaron los relatos maravillosos: «Nunca me han gustado los cuentos de hadas. La Cenicienta podría ser mejor cuento sin la intervención de ningún hada» (62).

A modo de conclusión

A raíz de haber asistido con Zenobia a los ensayos de actores infantiles en una academia de arte escénico, rememora el comentario de su mujer a las actuaciones de las pequeñas: «las muchachas hacían sus papeles con fe» (63). Y esta observación, referida en ese caso a la entrega de los intérpretes a la representación escénica, podría ser otro fundamento para la enseñanza de la Lengua y la Literatura: «Quien está absorto de veras en un asunto y tiene fe en él, no se aburre y no aburre a los demás» (64). Centrándonos en nuestra área de conocimiento y poniendo confianza en la tarea que en ella hemos de llevar a cabo, con toda seguridad otros resultados se alcanzarían y, junto con ellos, «el goce permanente del mejor trabajo gustoso» (65).

Notas

(1) «La vocación en maestros y discípulos», en *Política poética*, Madrid, Alianza Tres, 1982, p. 371.

(2) Juan Ramón Jiménez, *Estética y ética estética (Crítica y complemento)*, Madrid, Aguilar, 1967, «Los consejeros», p. 23.

(3) Cfr. Ricardo Gullón, *Estudios sobre Juan Ramón Jiménez*, Buenos Aires, Losada, 1960, p. 41: «Desde la salida de España, en 1936, se dedicó Zenobia a la enseñanza, trabajando en universidades norteamericanas; Juan Ramón también lo hizo, primero ocasionalmente como conferenciante, y luego con dedicación más continuada y propiamente profesoral». En la página 13 había adelantado que ambos se habían dedicado «con éxito a la enseñanza» en Estados Unidos.

(4) Aquí llegó Ricardo Gullón, en 1953-55, quien tuvo oportunidad de tratarle íntimamente y de asistir a alguna de sus clases: «Por aquella época dedicaba buena suma de atención a las clases del curso sobre Modernismo, que profesaba en la Facultad de Humanidades de la Universidad. Era un curso para estudiantes adelantados (...). La lección de Juan Ramón era mezcla de exposición histórico-crítica de problemas literarios, recuerdos personales, lectura y comentario de textos. No respondía a un sistema profesoral, pero sí a un orden interno muy claro, con el que pretendía y lograba transmitir a los oyentes una imagen animada y sensible del autor estudiado y una idea exacta de la significación y calidad de su obra, considerada en sí misma y en relación con la de los restantes autores objeto del curso». (Ricardo Gullón, *Estudios sobre Juan Ramón Jiménez*, Buenos Aires, Losada, 1960, p. 20). Cfr. Ricardo Gullón, *El último Juan Ramón. Así se fueron los ríos*, Madrid, Alfaguara, 1968, p. 122.

(5) Vid. Graciela Palau de Nemes, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez. La poesía desnuda*, I, Madrid, Gredos, 1974 (2ª edición), p. 41. En la recopilación de prosas de Juan Ramón, preparada por Francisco Garfias, *Por el cristal amarillo*, Madrid, Aguilar, 1961, p. 125 leemos: «Fue trágico mi aburrimiento constante de niño por falta de interés verdadero. (...) Aburrimiento de jugar, de pintar, de libros, de todo. (...) Hoy, cuando encuentro libros míos de colejo todos ilustrados al margen por mi aburrimiento, se me renueva, ya explicada, aquella tristeza».

(6) Vid. nota 3.

(7) Ricardo Gullón, *Estudios sobre Juan Ramón Jiménez*, Buenos Aires, Losada, 1960, pp. 21-22.

- (8) Ricardo Gullón, *El último Juan Ramón. Así se fueron los ríos*, Madrid, Alfaguara, 1968, p. 104.
- (9) Juan Ramón Jiménez, *Política poética*, «Unidad libre», Madrid, Alianza Tres, 1982, p. 16.
- (10) Juan Ramón Jiménez, *Estética y ética estética (crítica y complemento)*, Madrid, Aguilar, 1967, «La obra», p. 23.
- (11) Se trata de la conferencia «Política poética», que leyó un amigo en su nombre el 15 de junio de 1936 en la Residencia de Estudiantes en Madrid, y el propio poeta, en Puerto Rico el 7 de octubre de ese mismo año. El 14 de noviembre, en la Escuela Superior, la rebautizó con este nuevo título: «El trabajo gustoso». Cfr. Ricardo Gullón, *El último Juan Ramón. Así se fueron los ríos*, Madrid, Alfaguara, 1968, pp. 25-28. Escucharon también esta conferencia en la Institución Hispanocubana de Cultura, el 6 de diciembre de 1936, y en el Lyceum de La Habana, el 23 de abril de 1937.
- (12) Juan Ramón Jiménez, *Estética y ética estética (Crítica y complemento)*, Madrid, Aguilar, 1967, p. 22.
- (13) *Ob. cit.*, p. 30.
- (14) Juan Ramón Jiménez, *Política poética*, «La vocación en maestros y discípulos», Madrid, Alianza Tres, 1982, p. 372.
- (15) *Ob. cit.*, p. 373.
- (16) Juan Ramón Jiménez, *Estética y ética estética (Crítica y complemento)*, Madrid, Aguilar, 1967, «Sobre la Escuela Normal», p. 134.
- (17) Madrid, Dirección General de Enseñanza Media, 1961, p. 61.
- (18) *Ibidem*.
- (19) Juan Ramón Jiménez, *Política poética*, «La vocación en maestros y discípulos», Madrid, Alianza Tres, 1982, p. 373.
- (20) Recordemos que en su texto acerca de «Mis ideas ortográficas» pp. 118-120 de *Estética y ética estética (Crítica y complemento)*, Madrid, Aguilar, 1967, asegura que sus caprichos ortográficos -que emplea por primera vez en *Eternidades*, 1918- obedecen primeramente a su «amor a la sencillez»; a pesar de que luego da como razones: su «antipatía a lo pedante»; su fidelidad a un *Diccionario Enciclopédico de la Lengua Española* de fines del siglo XIX, en el que las palabras aparecen escritas como él las reproduce; el estar acostumbrado a hacerlo así desde niño, en gran parte a instancias de un tío suyo que hacía otro tanto; reconocerse caprichoso y testarudo; y para ir en contra de la Academia y desconcertar a los críticos. No olvidemos, por otra parte, estas palabras del poeta, recogidas por Arturo Villar en *Autobiografía y artes poéticas*, Madrid, Los libros de Fausto, 1981, p. 47: «Una falta de ortografía me hace el mismo daño sensitivo -y me obliga a la misma iracunda detención- que ver pisar a un niño en la calle, golpear, al paso, una flor».
- (21) Juan Ramón Jiménez, *Política poética*, Madrid, Alianza Tres, 1982, «Precedentes de la poesía moderna en los Estados Unidos», p. 186.
- (22) *Ob. cit.*, «La razón heroica», p. 155.
- (23) *Ob. cit.*, pp. 371-372.
- (24) *Ob. cit.*, p. 372.
- (25) *Ibidem*.
- (26) *Ibidem*.
- (27) Juan Ramón Jiménez, *Política poética*, Madrid, Alianza Tres, 1982, «Sobre mis lecturas en la Argentina», p. 485, declara: «La calidad es la que lo hace todo deseable».
- (28) Juan Ramón Jiménez, *Política poética*, Madrid, Alianza Tres, 1982, «La vocación en maestros y discípulos», p. 373.
- (29) *Ibidem*.
- (30) *Ob. cit.*, p. 374.
- (31) *El andarín en su órbita*, Madrid, Magisterio Español, 1974, pp. 84-85.
- (32) Juan Ramón Jiménez, *La corriente infinita. Crítica y evocación*, Madrid, Aguilar, 1961, p. 304, en «Patria y patria. España, ¿dónde te oigo? exclama: «Lengua madre, lengua única, lengua humana y divina, lengua española, ¡todo, toda para mí!».
- (33) Juan Ramón Jiménez, *Política poética*, Madrid, Alianza Tres, 1982, p. 244.
- (34) Juan Ramón Jiménez, *Ob. cit.*, «En serio, muy en serio», p. 415. En «Relaciones de día y lugar», recogido en *La corriente infinita. Crítica y evocación*, Madrid, Aguilar, 1961, p. 297, escribió: «el español que yo quiero es todos los españoles. Y todos los hispanoamericanos».
- (35) *Política poética*, «En serio, muy en serio», Madrid, Alianza Tres, 1982, p. 414.
- (36) Juan Ramón Jiménez, *La corriente infinita. Crítica y evocación*, Madrid, Aguilar, 1961, p. 243.
- (37) Juan Ramón Jiménez, *Ob. cit.*, «Límite del progreso», p. 129.
- (38) *Ibidem*.
- (39) Fernando Lázaro Carreter, «El lugar de la literatura en la educación», en *El comentario de textos*, 1, Madrid, Castalia, 1983 (4ª edición), p. 25. El *Diseño Curricular Base* para la Educación Primaria insiste también en que «el papel del profesor es imprescindible en la selección de libros de calidad, en la gradación de los libros y en la orientación individual a cada niño para promover la lectura autónoma», Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1989, p. 309.
- (40) *Política poética*, «La vocación en maestros y discípulos», Madrid, Alianza Tres, 1982, p. 373.
- (41) El propio Juan Ramón nos habla de que, en su precocidad juvenil, «leía, leía atropelladamente, revueltamente, cuanto caía en mi mano: versos, novelas, etc.». (*Por el cristal amarillo*, Madrid, Aguilar, 1961, p. 260).

- (42) Cfr. con la respuesta de Emilio Alarcos Llorach en el libro *Literatura y Educación*, Madrid, Castalia, 1974, p. 22: «La literatura sirve para el ocio cultivado, y éste se alcanza con un entrenamiento fatigoso».
- (43) Juan Ramón Jiménez, *Política poética*, Madrid, Alianza Tres 1982, «La vocación en maestros y discípulos», p. 373.
- (44) «Sobre literatura y su enseñanza universitaria», en *Actas del I Simposio de Literatura española*, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1981, p. 144.
- (45) Juan Ramón Jiménez, *Prosas críticas*, Madrid, Taurus, 1981, «Triunfos», p. 42. Cfr. Nota 5.
- (46) Pedro Salinas, «Aprecio y defensa del lenguaje», en *Ensayos completos*, 2, Madrid, Taurus, 1983, p. 418.
- (47) Emilio Alarcos Llorach, «Sobre Unamuno o cómo no debe interpretarse la obra literaria», *Archivum*, XIV, 1964, p. 6.
- (48) Ricardo Gullón nos revela que «Juan Ramón acudía de buen grado a pasar una hora con los chiquillos de las escuelas (...) A Juan Ramón le gustaban los niños, los entendía y se entendía bien con ellos» (*Estudios sobre Juan Ramón Jiménez*, Buenos Aires, Losada, 1960, p. 24). Y en *El último Juan Ramón. Así se fueron los ríos*, Madrid, Alfaguara, 1968, p. 39: «Nada, creo yo, le atraía tanto como los niños». Y en las impresiones escritas por su esposa Zenobia a comienzos de 1954, considerando su posible vuelta a España, escribe: «Juan Ramón, tan aficionado a los niños, tendría sus dos docenas de sobrinos-nietos a su alcance» (*Ob. cit.*, p. 130).
- (49) Ricardo Gullón, *El último Juan Ramón. Así se fueron los ríos*, Madrid, Alfaguara, 1968, p. 30: «Ya durante esta primera estancia en el trópico [1936] se relacionó con niños de las escuelas y con jóvenes universitarios».
- (50) *Política poética*, Madrid, Alianza Tres, 1982, p. 378.
- (51) En el «Prologuillo al niño y al hombre» que Juan Ramón escribe para la antología de su *Poesía en prosa y verso (1902-1932)*, escogida por su mujer Zenobia Camprubí, y editada en Madrid, Signo, 1932, pp. 8-9, leemos las siguientes palabras: «nada importa que el niño no lo entienda, no lo «comprenda» todo. Basta que se tome del sentimiento profundo, que se contajie del acento, como se llena de la frescura del agua corriente, del color del sol y la fragancia de los árboles; árboles, sol, agua que ni el niño ni el poeta mismo entienden en último término lo que significan. La naturaleza no sabe ocultar nada al niño; él tomará de ella lo que le convenga, lo que «comprenda». Pues lo mismo la poesía».
- (52) *Política poética*, Madrid, Alianza Tres, 1982, p. 397.
- (53) En La Habana (1937) se hizo una edición para las escuelas puertorriqueñas de *Verso y prosa para niños*. Juan Ramón hizo el prólogo y revisó los textos seleccionados. Luego se hicieron reediciones de este libro en Méjico. Cfr. Ricardo Gullón, *El último Juan Ramón. Así se fueron los ríos*, Madrid, Alfaguara, 1968, p. 21.
- (54) *Platero y yo (Elegía andaluza)*, edición de Michael P. Predmore, Madrid, Cátedra, 1978, p. 83: «Advertencia a los hombres que lean este libro para niños: Este breve libro, en donde la alegría y la pena son gemelas, cual las orejas de Platero, estaba escrito para... ¡qué sé yo para quién!... Ahora que va a los niños, no le quito ni le pongo una coma». Y en su «Prólogo a la nueva edición», p. 256, nos dice: «Yo (como el grande Cervantes a los hombres) creía y creo que a los niños no hay que darles disparates (libros de caballerías) para interesarles y emocionarlos, sino historias y trasuntos de seres y cosas reales tratados con sentimiento profundo, sencillo y claro. Y esquisito. No es, pues, *Platero*, como tanto se ha dicho, un libro escrito sino escogido para los niños».
- (55) *Política poética*, Madrid, Alianza Tres, 1982, p. 397.
- (56) *Ibidem*.
- (57) *Ibidem*.
- (58) *Ob. cit.*, p. 392.
- (59) Juan Ramón Jiménez, *Estética y ética estética (Crítica y complemento)*, Madrid, Aguilar, 1967, p. 294.
- (60) Ricardo Gullón, *El último Juan Ramón. Así se fueron los ríos*, Madrid, Alfaguara, 1968, p. 47.
- (61) Juan Ramón Jiménez, *Política poética*, «Sobre el teatro para niños», Madrid, Alianza Tres, 1982, p. 392.
- (62) *Ob. cit.*, p. 393.
- (63) *Ibidem*.
- (64) *Ibidem*.
- (65) Deseo expresado por Juan Ramón a las profesoras de una academia de expresión artística, recogido en *Estética y ética estética (Crítica y complemento)*, Madrid, Aguilar, 1967, p. 133.